

Ventura García Calderón y José de la Riva-Agüero a través de su correspondencia (1906-1938)

Ventura García Calderón and José de la Riva-Agüero through their correspondence (1906-1938)

Javier Pérez Valdivia

Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, Perú

jperezv1@unmsm.edu.pe

ORCID: 0000-0002-3004-9097

Daniel Morán*

Universidad San Ignacio de Loyola. Lima, Perú

Imoran@usil.edu.pe

ORCID: 0000-0002-8244-5390

Citar como: Pérez Valdivia, J. y Morán, D. (2025). Ventura García Calderón y José de la Riva-Agüero a través de su correspondencia (1906-1938). *Desde el Sur*, 17(4), e0099.

RESUMEN

Ventura García Calderón (1886-1959) y José de la Riva-Agüero (1885-1945) fueron dos de los más destacados exponentes de la llamada generación del 900 o generación de 1905. Su extensa producción intelectual y trayectoria como hombres públicos dan cuenta de su relevancia. El objetivo central de esta investigación es analizar cómo esta relación amical-intelectual se mantuvo con el paso del tiempo a pesar de las crecientes diferencias políticas. Se plantea la hipótesis de que, a pesar de estas crecientes diferencias políticas, García Calderón optó por hacer prevalecer por encima de todo una amistad forjada desde la infancia. Esta investigación identifica afinidades y diferencias; así como contextualiza, describe, analiza, compara, comprende, explica e interpreta esta larga relación que persistió a pesar de los avatares y sinsabores políticos. Las fuentes consultadas son la correspondencia intercambiada entre ellos y algunos textos complementarios. Del examen de la documentación se concluye que García Calderón fue el

* Autor corresponsal: Daniel Morán, Universidad San Ignacio de Loyola. Lima, Perú. Correo: Imoran@usil.edu.pe

principal agente para la preservación de la amistad, pese a las posturas conservadoras de Riva-Agüero y el turbulento clima políticos de los años treinta, caracterizado por la polarización política, lo que dejaba poco espacio para posturas liberales como las de García Calderón.

PALABRAS CLAVE

Ventura García Calderón, José de la Riva-Agüero, intelectuales, correspondencia, generación del 900

ABSTRACT

Ventura García Calderón (1886-1959) and José de la Riva-Agüero (1885-1945) were two of the most prominent exponents of the so-called Generation of 1900 or Generation of 1905. Their extensive intellectual output and careers as public figures reflect their relevance. The central objective of this research is to analyze how this friendly-intellectual relationship was maintained over time despite growing political differences. It is hypothesized that, despite these growing political differences, García Calderón chose to prioritize above all else a friendship forged since childhood. This research identifies affinities and differences; as well as contextualizes, describes, analyzes, compares, understands, explains, and interprets this long relationship that persisted despite political ups and downs. The sources consulted are the correspondence exchanged between them and some complementary texts. An examination of the documentation concludes that García Calderón was the main agent for preserving the friendship despite Riva-Agüero's conservative stances and the turbulent political climate of the 1930s, characterized by political polarization, which left little room for liberal stances like those of García Calderón.

KEYWORDS

Ventura García Calderón, José de la Riva Agüero, intellectuals, letters, 900 generation

Introducción¹

José de la Riva-Agüero (1885-1945) y Ventura García Calderón (1886-1959) fueron dos preclaros exponentes intelectuales de la llamada generación del 900 o arielista, también conocida como generación de 1905 (López, 1987). Su producción literaria e historiográfica, así como su trayectoria intelectual y política, evidencian su importancia. Esta investigación identifica afinidades y diferencias entre los dilectos amigos; de igual modo, contextualiza, describe, analiza, compara, comprende, explica e interpreta esta larga relación forjada desde la infancia y cimentada en afinidades intelectuales. Las fuentes para su análisis son las cartas privadas intercambiadas entre ellos, así como algunas referencias documentales conexas. Estos documentos nos han permitido formular la hipótesis de que ambos tuvieron crecientes diferencias políticas, debido a que el joven Riva-Agüero abandonó sus posturas liberales y adoptó posturas conservadoras, especialmente a partir de los años treinta, pero ello no hizo mella en sus relaciones con García Calderón, por decisión de este último, quien siempre enarboló posturas liberales, a pesar de que colaboró como diplomático en el Gobierno conservador de Óscar R. Benavides (1933-1939). García Calderón optó por hacer prevalecer la amistad, las comunes inquietudes y preocupaciones intelectuales y políticas, las afinidades literarias peruanas y el Perú como reflexión, especialmente durante los turbulentos años de la década de 1930, lo que se evidencia en los silencios temáticos frente a los comentarios e interpelaciones de Riva-Agüero. También podemos apreciar esta prevalencia de la amistad por sobre las diferencias políticas en intelectuales y políticos como Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) y Manuel Seoane (1900-1963), quienes se ubicaban en las antípodas ideológicas de Riva-Agüero y García Calderón.

En la correspondencia intercambiada se deduce que Riva-Agüero fue abandonando su credo liberal —compartido con García Calderón— y abrazando una filiación conservadora. Asimismo, fluyen con nitidez un conjunto de temas como las amistades políticas e intelectuales, la literatura peruana y una serie de preocupaciones sociales y políticas sobre el Perú (Rénique, 2015). Un texto complementario a estas preocupaciones comunes fue la obra de García Calderón, *Nosotros* (1943), donde hizo un balance de su generación que la historiografía ha caracterizado como la

1 La correspondencia se encuentra publicada en José de la Riva-Agüero y Osma (1999, vol. XVI, parte 1, pp. 773-828). El corpus documental consta de 50 piezas que incluyen 41 cartas, 8 telegramas y 1 tarjeta. Once cartas y 3 telegramas fueron cursados por Riva-Agüero y 29 cartas y 4 telegramas fueron remitidos por García Calderón.

generación del 900 o 1905 (Adrianzen, 1994; Franco y Neira, 1986; García Calderón, 1986; Gonzales, 1996; Guerra García, 1989; Loayza, 1990; López, 1987; Planas, 1994, 1999; Portocarrero, 1997; Sánchez, 1986).

En ese sentido, esta investigación se divide en cuatro partes. En un primer momento, abordaremos las vidas paralelas de ambos personajes y su relación con el contexto de la época; en la segunda parte, explicamos la estrecha amistad que forjaron a lo largo de los años y sus características; en un tercer momento, nos centraremos en la preocupación que tuvieron por su propia generación y la sensibilidad por la problemática nacional; y, finalmente, en la cuarta sección, se indaga al Perú como reflexión y preocupación en tres ámbitos clave: el intelectual, la política exterior con énfasis en la diplomacia, y la política interna o doméstica. En otras palabras, este trabajo busca poner énfasis en la necesidad de investigaciones que tomen como fuente de análisis las correspondencias y las relaciones entre personajes centrales en la vida académica, social y política del país.

Vidas paralelas: José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1945) y Ventura García Calderón (1886-1959)

José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1945) fue historiador, político y un destacado intelectual que en su juventud abrazó ideas liberales que se cristalizaron en la fundación del Partido Nacional Democrático (1915). En los años treinta abandonó el liberalismo y se volvió conservador, aunque él prefirió autodenominarse «reaccionario» (Sánchez, 1985, p. 106). Apoyó al Gobierno autoritario de Óscar R. Benavides como premier y ministro de Justicia, Instrucción y Culto (1933-1934) en una etapa de su vida en que vio con simpatía el fascismo español (Andújar, 1994; Gómez, 1999; Rénique, 2015; Riva-Agüero, 1975; Villarías, 1998). Es autor de uno de los epistolarios más extensos del Perú del siglo XX.

Ventura García Calderón Rey (1886-1959) fue en esencia un escritor erudito, clasicista, esteticista, vitalista e intuitivo. Fue diplomático y activo promotor y difusor cultural, así como cosmopolita y polígrafo que cultivó diversos géneros literarios, como la prosa, la poesía, el ensayo, la crítica literaria, la dramaturgia, además de cronista de actualidades. Como crítico literario examinó el Perú, América Latina y la literatura universal. Bilingüe, hablaba y escribía muy bien en castellano y francés. Su creación literaria se divide en dos momentos en función del idioma utilizado: entre 1910 —su primer libro— y 1926, en que escribía indistintamente en castellano y francés; y a partir de 1926, en que solo escribía y publicaba en francés (Nájar, 2011; Valenzuela, 2011). La Primera Guerra Mundial lo marcó mucho debido a la muerte de su hermano José García Calderón (1888-1916), luchando por el bando francés.

Mejor prosista que poeta, destacó especialmente por su estilo modernista, inicialmente decadentista, debido a la influencia de Baudelaire, Verlaine y Wilde. En su época fue el escritor latinoamericano mejor insertado en el mundo cultural francés. Fue conocido y amigo de los principales intelectuales franceses de la época. En 1932, un grupo de intelectuales franceses lo propuso como Premio Nobel de Literatura (García Calderón, 2011).

Exotista, motivo que concitó el interés de los intelectuales galos, su liberalidad en la incorporación de elementos del universo andino y amazónico le generó resistencias entre los críticos peruanos por su falta de realismo. Sorprendentemente, ello no generó muchas críticas entre los intelectuales indigenistas, quienes incluso apoyaron su postulación al Premio Nobel.

Como muchos de su generación, fue modernista, cosmopolita, universal y ecuménico. En los miembros de la generación del 900 no existió ni espíritu de parroquia ni «provincianismo» literario. Sus propuestas literarias fueron un producto de la educación occidental. Imbuidos de idealismo, creían en la república de las letras, y que por educación y clase la élite dirigente debía regir los destinos del Perú, es decir, pretendían legitimarse a través de la soberanía de la inteligencia. Se sentían moralmente superiores y responsables de regenerar el Perú *post bellum* con Chile (1879-1883) y posguerras civiles (1883-1884 y 1894-1895) a través de la palabra escrita, pero no dirigida a las masas —que en su mayoría eran analfabetas—, sino dirigida a las minorías que detentaban el poder por su riqueza. Así, su idealismo, estilo de vida y concepción del mundo tuvo límites; mientras que sus posturas políticas, reformistas y conciliadoras, fueron impermeables a los cambios sociales y signos de los tiempos que no eran de reforma sino de revolución, sea de izquierda o derecha, como se evidenciaría con la Revolución mexicana (1910), la Revolución rusa (1917) y la emergencia de los autoritarismos y totalitarismos europeos como el fascismo italiano, el nazismo y el franquismo durante los años veinte y treinta.

Los novecentistas hicieron gala de un lenguaje y fina prosa. El estilo era muy importante para ellos. Creían que el cambio vendría de la acción del hombre, no de la sociedad, pero, llegado el momento de la acción política, el talento no fue de la mano con la voluntad política, como lo reconocería el propio García Calderón. Sensibles a lo extranjero y urbano, no prestaron mucho interés a lo nacional, y mucho menos a lo rural o provinciano. Desarrollaron un temprano desencanto generacional por lo que pudo ser y no fue, que en el caso de García Calderón quedó plasmado en su novela autobiográfica *1911* (inédita hasta 1941 y publicada con seudónimo), una

crítica a la sociedad limeña de aquel entonces, incapaz de modernizarse como sociedad y cuyos agentes de cambio social terminaban migrando, autoexiliándose o apostando por el repliegue a la esfera y actividad privada, algo que, en el fondo, fue una característica de esta generación (García Calderón, 2011; Mc Evoy, 2019; Morán *et al.*, 2022).

Ventura nació en París debido al autoexilio de su padre (Ortega, 1987)². Vivió en el Perú 20 de sus 73 años. Al evocar poéticamente su nacimiento diría: «Yo vine al mundo, amada mía, en tu ciudad deslumbradora, mas conocí una infancia triste bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país [...] A mi cuna vinieron a arrullarme con sus cantos somnolientos mujeres de luto» (García Calderón, 1986; Ortega, 1987).

El mismo año de su nacimiento retornó al Perú. La estancia de la familia García Calderón no tuvo el confort esperado, debido a las duras condiciones de vida *post bellum* (1879-1883) y los estragos de la reciente guerra civil entre el presidente Miguel de Iglesias y Andrés A. Cáceres (1884-1885). Víctor Andrés Belaunde diría al respecto en sus *Memorias*: «Después de la guerra con Chile, los tiempos fueron duros, la mayor parte de los hogares estaban condenados a una vida austera. El trabajo se imponía ya no solo por vocación sino por necesidad» (Belaunde, 1987). Años después, estas condiciones de vida ya difíciles de mantener según su estatus se agravarían por los efectos de otra guerra civil, esta vez entre el presidente Andrés A. Cáceres y la coalición encabezada por Nicolás de Piérola entre 1894 y 1895. Tal como él mismo Ventura lo señala: «Yo presencié la guerra civil cuando era niño: en mis sentidos ha quedado su olor de pólvora y sangre» (García Calderón, 1986, p. 312). A ello se sumó que su padre no era una persona de acaudalada fortuna, que los avatares políticos habían mermado su patrimonio y la falta de holgura económica se convirtió en una situación recurrente en la vida familiar, agravada por ser una familia numerosa con cinco hijos.

Al fallecer su padre en 1905, la familia García Calderón se trasladó a París, donde estableció su residencia. Como le confesó al escritor Paul Léautaud: «Me contó que [...] con sus tres hermanos [...] dejaron [Perú] pues no sabían qué hacer allá, para venir a buscar fortuna en París, con muy poco dinero en el bolsillo» (Loayza, 1990, p. 139). Ventura permaneció en el extranjero entre 1906 y 1911, fecha en la cual retornó brevemente para contraer

2 Su padre, Francisco García Calderón y Landa (1834-1905), fue un destacado jurista y político afiliado al Partido Civil. Tuvo una dilatada carrera pública como diputado (1867), presidente de la Asamblea Constituyente (1867), ministro de Hacienda (1868), senador (1876-1879, 1886-1893 y 1889-1901), presidente del Senado (1886-1887), tres veces rector de la Universidad de San Marcos (1886-1891 y 1895-1905) y presidente de la república (1881) durante la guerra contra Chile (1879-1883).

matrimonio, recorrer la sierra haciendo fallidas exploraciones económicas mineras (de donde extrajo su discutida visión sobre el indígena peruano), y producir la referida novela con ribetes autobiográficos en la que plasmaría su desencanto social. En 1912, retornó a Europa, permaneció allí hasta 1949 y volvió brevemente, hasta que retornó definitivamente a París, donde falleció en 1959 (Sánchez, 1986).

La amistad

Esta relación amical entre García Calderón y Riva-Agüero se forjó en la infancia (ya que vivieron a algunas cuadras de distancia en el jirón Camaná), se intensificó durante la adolescencia y juventud (debido a que estudiaron en la misma escuela, el Colegio de los Sagrados Corazones Recoleta, y luego en la Universidad de San Marcos), y se consolidó por sus iniciales afinidades ideológicas, intereses y preocupaciones comunes, tanto en el terreno de la literatura como con respecto al destino del Perú. Estas preocupaciones sobre el Perú se plasmaron en temas puntuales como el leguismo (1919-1930) —o, para ser exactos, en su antileguismo— y la situación política crítica del Perú de los años treinta, debido a la emergencia de las masas políticamente organizadas a través del aprismo, comunismo y sanchezcerrismo. Tanto para García Calderón como para Riva-Agüero —de mentalidades elitistas—, la emergencia y el protagonismo político de las masas no generó sus simpatías. Ambos, como muchos de su generación, creían en la *soberanía de la inteligencia* y en que la política era un asunto de *notables, señores o patricios*. Una derivación de ello sería la célebre frase de su hermano Francisco: «El Perú se salvará solo bajo el polvo de una biblioteca» (Belaunde, 1987; Flores Galindo, 1996).

Esta afinidad ideológica con Riva-Agüero sufrió cambios con el paso del tiempo. Su cada vez menor sintonía y afinidad se hizo más evidente en los años treinta, debido a las posturas ideológicas y políticas cada vez menos liberales de Riva-Agüero, si las comparamos con el joven Riva-Agüero (Sánchez, 1985). Ello se puede deducir del análisis de la correspondencia, a través de una serie de inhibiciones y silencios temáticos de García Calderón con respecto a comentarios e inquietudes de Riva-Agüero, que, suponemos, fueron para preservar una añeja amistad que se mantuvo incólume con el paso del tiempo, sin importar las crecientes diferencias puestas de manifiesto tanto en escritos como en las iniciativas políticas y actividades públicas del propio Riva-Agüero (Belaunde, 1987).

La amistad con Riva-Agüero nació en la Recoleta. Este colegio, fundado en Lima en 1893, vio egresar a su primera promoción, compuesta por 13 alumnos, siete años después. De ella formaron parte Ventura y

su hermano Francisco. Condiscípulos y amigos generacionales fueron Fernando Melgar, Raymundo Morales de la Torre, Juan Bautista de Laval, Manuel Gallagher Canaval y el más tarde escritor chileno Eduardo Barrios Hudtwalcker, entre otros (Nieto, 1978; Riva-Agüero, 1960; Sánchez, 1986)³. Esta amistad se profundizó al ingresar ambos a la Universidad de San Marcos (José en 1902 y Ventura en 1903) para estudiar Letras, Ciencias Políticas y Jurisprudencia, aunque el segundo no las culminó y se mantuvo de manera directa y vecinal hasta 1905. En ese año la familia García Calderón viajó a París y la relación se volvió epistolar (Basadre, 1981; Belaunde, 1987; Riva-Agüero, 1996 y 1999).

Las evidencias de esta amistad de larga data, de manera paradójica, han quedado escasamente perennizadas a través de cartas⁴. La carta más antigua conservada fue enviada por Ventura desde París y data de octubre de 1906, mientras que la última, que en realidad es un telegrama, está fechada en París el 21 de octubre de 1944, tres días antes del fallecimiento de Riva-Agüero. Aunque Riva-Agüero no siempre consigna el lugar de envío de su correspondencia, es muy probable que haya escrito la totalidad de las comunicaciones desde Lima, excepto a partir de 1920, cuando se autoexilió en Europa. Muy diferente fue el caso de García Calderón, cuya correspondencia aparece rubricada en ciudades tan diversas como París, Bruselas, Madrid, Berna y Río de Janeiro. Esta diferencia radica en su muy

3 Este colegio fue el semillero de futuras personalidades intelectuales y políticas. Ejemplos de ello fueron Javier Correa Elías, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez, Ricardo Bentín, entre otros. No existen muchas memorias, diarios personales, epistolarios o testimonios que den cuenta del ambiente de la época.

4 Se conservan 11 cartas y 3 telegramas remitidos por Riva-Agüero y 29 cartas y 4 telegramas cursados por García Calderón. Las cartas que se conservan fueron escritas: 1 en 1906, 2 en 1908, 8 en 1909, 3 en 1910, 1 en 1911, 3 en 1912, 2 en 1914, 1 en 1915, 1 en 1917, 1 en 1919, 1 en 1931, 1 en 1933, 3 en 1934, 3 en 1935, 1 en 1936, 4 en 1937, 3 en 1938 y 2 sin fecha. Lo exíguo de este intercambio epistolar se debe a razones sui generis esgrimidas por García Calderón, a una merma epistolar entre 1919 y 1930 producto del autoexilio europeo de Riva-Agüero y a la probable pérdida de la correspondencia entre ambos intercambiada en Europa. Sin embargo, ello no explica el gran vacío o, para ser más exactos, el probable silencio epistolar de los años 30, década intensamente política en Europa, especialmente en España, Italia y Alemania. Los dos primeros países concitaban el interés de Riva-Agüero, a tenor de los intercambios epistolares con otras personas y que se deduce del conjunto de su correspondencia publicada. Considerando el volumen de cartas escritas por Riva-Agüero durante las dos primeras décadas del siglo XX, lo que evidencia su propensión, es lamentable que su autoexilio europeo durante el leguismo y su itinerario por varias ciudades europeas no hayan permitido conservar su correspondencia producida en Europa en los años veinte. Es de suponer que durante esta década hubo cartas, pero no han sobrevivido a pesar de que Riva-Agüero solía ser muy cuidadoso y redactar borradores y copias de las cartas que cursaba o pensaba cursar. También se desconoce el paradero de la mayoría de los papeles de García Calderón. Algunos documentos de su archivo se encuentran en la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional y su correspondencia oficial como diplomático está en el Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores (comunicación personal de Augusto Ruiz Zevallos).

prolongada residencia en el extranjero por razones personales o en su condición de diplomático.

La correspondencia entre García Calderón y Riva Agüero no es muy densa en volumen ni muy rica en contenido si la comparamos con las cartas que Riva-Agüero intercambió con Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde o Alejandro Deustua, por citar a tres personalidades del círculo amical e intelectual de Riva-Agüero. Sin embargo, esta correspondencia tiene algunas características que llaman la atención y ciertos temas y apreciaciones relevantes que se pueden inferir a partir de su lectura, examen y análisis.

La primera interrogante que uno se podría formular es: si tan amigos, ¿por qué tan pocas cartas? Este escaso volumen epistolar obedece a que García Calderón, paradójicamente, manifiesta ser muy poco proclive a escribir cartas, algo sui generis considerando su profesión de escritor. Sin embargo, como él mismo señala a Riva-Agüero en una carta de 1906:

No esperes recibir muchas cartas más, en primer *[sic]* porque soy muy ocioso para escribirlas, y en segundo porque me disgusta la forma epistolar. Creo que no se expresa nunca bien en una carta, todo lo que se quiere decir [...] si no escribo es por pereza o por cualquier otro motivo (Riva-Agüero, 1999, p. 774).

¿Qué tipo de amistad se forjó entre ambos? La correspondencia y escritos diversos revelan una amistad muy fraterna y franca. Estuvo orientada a lo literario, aunque con breves alusiones a cuestiones diplomáticas en la década de 1930, debido a nuestro diferendo limítrofe con Colombia que casi nos condujo a una guerra durante la presidencia de Luis M. Sánchez Cerro (1931-1933) y que fue apaciguada diplomáticamente por el presidente Óscar R. Benavides con la colaboración de Belaunde.

Este carácter fraternal queda evidenciado en la manera afectuosa y entrañable en que solían comunicarse. Así, García Calderón, al dedicarle un ejemplar de su obra intitulada *Frívolamente* (1908), se refiere a Riva-Agüero en los siguientes términos: «Para José con el cariño fraternal de su viejo amigo»⁵.

La segunda obra de Ventura, *Del romanticismo al modernismo* (1910), no solo se la dedicó —debido al permanente auxilio bibliográfico que a la distancia le brindó Riva-Agüero—, sino que en la dedicatoria autografiada escribió: «A José de la Riva-Agüero, que adora el suntuoso pasado peruano,

5 Nótese que García Calderón bordeaba los 22 años y Riva-Agüero, los 23 años.

dedico este libro, para asociar su nombre a mi nombre, su nostalgia a la mía; y una vez más repetirle mi cariño».

¿Qué opina García Calderón de Riva-Agüero? Después de destacar los elogios que Miguel de Unamuno le otorga por su tesis *Carácter de la literatura en el Perú independiente* (1905), expresa su opinión sobre él. Esta aflora de manera franca y nítida. En su primera carta alude a él como una persona que se caracteriza por «la sinceridad con que expresas tu pensamiento y la energía que tienes para expresárselo». Ventura se refiere a la opinión que Riva-Agüero tiene de Unamuno, pero puede inferirse como característico de Riva-Agüero la sinceridad y la energía (Riva-Agüero, 1999, p. 774).

En otra carta Ventura le dice lo siguiente: «Yo quisiera verte escribir, más que obras de análisis detallado, grandes construcciones sintéticas para las que creo que tienes aptitudes singulares» (Riva-Agüero, 1999, p. 790). Y le sugiere tener como inspirador y referente parcial a González Prada, pues comentando su libro *Carácter de la literatura en el Perú independiente* le señala lo siguiente: «Ve como lo mejor de tu libro es el capítulo sobre González Prada porque en él pasa un soplo de pasión, libros apasionados sin la incoherencia de nuestro González Prada, quisiera yo de ti» (Riva-Agüero, 1999, p. 790).

En la primera edición de su obra *Nosotros* (1943), que es el balance político y literario de su generación, García Calderón hará una extensa caracterización de Riva-Agüero:

A la juvenil palestra sale José de la Riva-Agüero, aficionado vitalicio a la historia patria y el más ilustre historiador que ha producido América. Sabe, como Taine, que el alma de un pueblo se trasunta en su literatura y para conocer nuestras fatalidades escribe su primer ensayo, el *Carácter de la literatura en el Perú independiente*. Esos que se mofaban imprudentemente de su devoción casi maniática al pasado ignoraban entonces que para las bases de su templo buscaba el cuarzo vivo, pero tenía ya en la mente el dibujo de su metopa. Transitaba por Lima como si fuera a dictar un bando para fundarla con su palacio, su catedral y su cadalso. Sublime agrimensor de cosas muertas, conoce la dimensión, el origen, las vicisitudes de cada piedra y como en esas alegorías antiguas donde el pintor figura a una mujer que ostenta en la frente coronada las almenas de una ciudad, él también lleva a Lima en la cabeza. Nunca se aleja de la realidad actual este hombre que parece vivir en el ayer. Cuando escribe su ensayo sobre Garcilaso está averiguando en realidad cómo era la mentalidad de un revolucionario en el Perú. Y después de organizar el catastro sentimental de su Lima, se va a recorrer nuestros paisajes andinos para fundamentar y fortalecer su patriotismo. Toda

su obra de máxima peruanidad es un cotejo perpetuo de lo pasado y lo presente, de lo que conviene conservar para que el Perú no parezca siempre un pueblo gimiente y alocado que sobrevive a los terremotos (García Calderón, 1986, p. 547).

En la segunda edición de su obra *Nosotros* (1946), y habiendo transcurrido un año del fallecimiento de Riva-Agüero, hará un balance equilibrado pero crítico del amigo ausente, al señalar que «fue en el Perú — políticamente hablando— una magnífica esperanza frustrada» (García Calderón, 1986; Planas, 1994). Esta crítica también la haría extensiva a Víctor Andrés Belaunde. Al reflexionar sobre ambos, señaló lo siguiente: «me di cuenta tristemente de que el más sutil o poderoso talento puede no estar unido a la voluntad» (Belaunde, 1968; García Calderón, 1986, p. 550)⁶.

Nosotros: los novecentistas

Otro tema recurrente en la correspondencia entre García Calderón y Riva-Agüero es la sensibilidad y reflexión generacional. Víctor Andrés Belaunde también compartió esta nueva sensibilidad generacional. En una carta desde Madrid, Belaunde le dice lo siguiente a Riva-Agüero: «después de europeizarme regresaré a luchar al lado de la generación de la que son ya representantes conspicuos García Calderón y usted» (Riva-Agüero, 1999, p. 263). Años después, en carta desde Montevideo, Belaunde le dirá: «mucho me preocupa la situación política del Perú; y me apena que nuestra generación nada pueda hacer para salvar al país» (Riva-Agüero, 1999, p. 267). La preocupación es de 1911, durante la primera administración de Augusto B. Leguía (1908-1912), y que hará mucho más grave durante el segundo y largo mandato de Leguía (1919-1930). Sin embargo, la pereza intelectual de García Calderón por el género epistolar conspiró contra un mayor intercambio epistolar. A modo de justificación, en carta de octubre de 1906, realizó la siguiente sutil y original apreciación: «considere[n] las crónicas que escribo para Lima como cartas circulares que les escribo a todos» (Riva-Agüero, 1999, p. 774).

Ese espíritu gregario-amical o *esprit de corps* que con el transcurrir del tiempo se cristalizaría en un movimiento generacional-intelectual

6 A partir de 1932 y después de ser derrotado como candidato a rector de San Marcos por José Antonio Encinas, y hasta el fin de sus días en 1966, Belaunde optaría por una carrera política internacional como diplomático. Y ni siquiera el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948), en el cual su hermano Rafael sería jefe de Gabinete, lo motivó a involucrarse nuevamente en la política doméstica. Fue representante ante la Organización de las Naciones Unidas (1946-1966) y canciller de la república (1958) durante la segunda presidencia de Manuel Prado (1956-1962).

conocido como la Generación del 900 o Generación de 1905 (Gonzales, 1996; Guerra García, 1989; Loayza, 1990; López, 1987; Planas, 1994, 1999) —con las incorporaciones de Luis Fernán Cisneros (1883-1953), Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), José Gálvez Barrenechea (1885-1957), Felipe Sassone (1886-1959) y José Lora y Lora (1884-1907), prematuramente fallecido en un accidente de tránsito en París, entre otros—, ya es puesto en evidencia al referir lo siguiente: «yo tengo mucho espíritu de cuerpo y [...] considero como una antigua sociedad independiente a ese núcleo de amigos que componemos tú [refiriéndose a José de la Riva-Agüero], Raymundo [Morales de la Torre], Manuel [Gallagher], [¿Carlos?] Zavala, Pancho [Francisco García Calderón], yo y quizás algunos otros» (Sánchez, 1986).

La generación del 900 tuvo un temprano sentido del deber y de su misión con respecto al país que debe mucho a su mentalidad oligárquica. (Águila, 1997; García Calderón, 1986; Gilbert, 1982; López, 1987; Mc Evoy, 2019; Miller, 2011; Muñoz, 2001; Orrego, 2000; Ortega, 1987; Portocarrero, 2014; Rénique, 2015; Witt, 1992; Yerovi, 2005).

En una carta de 1909, dirigida a Riva Agüero le señala lo siguiente:

Me dices con una modestia un poco irritante que no te crees a la altura de la misión que para ti deseamos algunos «chanchos». No te hablaré de ello porque te disgusta que se te hable de ti. Lo que sí te confesaré es que cada día que pasa me convengo más de que nuestro pobre Perú, si tiene todavía correctivo, solo puede obtenerlo de una mano enérgica como la de Porfirio Díaz. ¿Recuerdas nuestras largas charlas un poco subversivas y monárquicas? Sigo creyendo como entonces que el único remedio es la teoría renaniana del buen tirano «no estos breves periodos» de analfabetos que se dicen con completa desfachatez, ante el peligro del porvenir: «después de mí el diluvio». Si no queremos ser un día colonia del Japón o seguir el ejemplo de Panamá, será preciso que haya un hombre de garra. Ya sé que la obra es difícil, muy difícil. Pero ¿no crees que aún si se es vencido vale la pena tentar semejante heroísmo (Riva-Agüero, 1999, p. 787).

Una reflexión —generacional— mucho más sistematizada se halla inserto en la obra *Nosotros* (1943), escrita como corolario de una polémica con destacados intelectuales y políticos apristas como Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane. En este balance generacional García Calderón vincula un doloroso pasado con un presente desencantador:

Dispersamente expongo en este libro cómo una generación venida a la vida después del desastre nacional restauró su porfiado optimismo, se europeizó como toda la América del Sur, pero consagrando sus más

íntimas fruiciones y tareas a escudriñar el sentido del pasado peruano, las vicisitudes de su presente y el fundamento de su porvenir. Los que hoy tallan en la misma cantera son, a sabiendas, sin confesarlo ni quererlo, continuadores y discípulos nuestros. Evidentemente, ninguno de nosotros pudo erigir el vasto edificio que prefiguró en su amanecer. Todo hombre es un fracaso y el sudamericano un hombre-orquesta que no tiene tiempo ni ocasiones para especializarse en un instrumento (García Calderón, 1986, p. 516).

Es claro al manifestar que la suya fue una «pobre generación sin maestros, generación solitaria y ferviente» (García Calderón, 1986, p. 541), y parte con la convicción de «que solo podemos contar con nosotros mismos». Pese a ello, no deja de consignar la «influencia consoladora» de Ricardo Palma, Manuel González Prada y José Santos Chocano, escritores ubicados en las antípodas ideológicas, pero que eran los únicos que le merecían consideración y aprecio, aunque con reservas en lo que respecta a González Prada —probablemente por las ácidas críticas que González Prada había formulado al civilismo, del cual su padre Francisco fue un conspicuo dirigente—, y con respecto a Chocano, por su posterior apoyo al leguismo.

Hablando de su generación dirá:

Cuando los juzgue la historia, hallará en todos ellos un parecido, un aire de familia. Al analizarlos aquí separadamente nunca olvido lo que trajeron en común y si alguna vez parezco estar hablando de mí mismo con desusada intimidad, es porque veo retratado en mi espíritu, como en el mágico espejo donde se miran otras almas, todo lo que debe la mía a su perfil consecuente y fraternal (García Calderón, 1986, p. 517).

Señala que la suya fue:

una generación de luto que no desesperó del Perú sino quiso fundar su amor entrañable en esa desventura de la patria. Y como tuvimos que fundar nuestro futuro optimista en nuestro más lejano pasado, puesto que el muy reciente era tan triste, nos vino a todos una urgente vocación de historiadores que no era disciplina corriente en el Perú, país de poetas y oradores. Sin habernos puestos de acuerdo, nos aparejamos todos a escribir capítulos diferentes pero concordes de un elogio a la nación peruana, no sin examinar precavidamente las tareas congénitas que la llevaron al desastre (García Calderón, 1986, p. 544).

Este análisis generacional con ribetes introspectivos es ampliado en su texto «Materiales para un discurso a la nación peruana». En esta obra señala que:

volvemos [...] la mirada atrás para hacer el examen de conciencia que preconiza, sin medir el alcance de su pregunta, el personaje de Calderón: «Noche, ¿qué has hecho del alba?». Porque también en nuestro firmamento había muchas albas que no pudimos desarrollar, clisés frustrados en la cámara oscura y tal vez en algunas almas jóvenes de ahora apuntan albas que salieron de nuestra noche. Lo que no pudimos hacer políticamente por razones que no le importan a nadie, podremos quizás tentarlo con la pluma (García Calderón, 1986, pp. 571-572).

Estos cotejos entre literatura e historia ensayado por Riva-Agüero son bien ponderados por García Calderón, quien interpreta al Perú desde la literatura, de la misma manera que Riva-Agüero lo hará desde la historia y Belaunde lo hará desde la sociología.

En otro escrito señala la pertinencia y legitimidad de la literatura como método de aproximación a la realidad nacional. Destaca que «el escritor parece más eficiente que los demás hombres para expresar el alma colectiva. Cuando quiso averiguar la psicología del pueblo inglés, Taine escribió la historia de la literatura» (García Calderón, 1986, p. 573).

En alguna oportunidad Antonio Cornejo Polar refirió que, a principios del siglo XX, una manera de conocer la realidad y la historia era a través de la literatura debido al estado incipiente de las investigaciones históricas. Ello ayudaría a explicar, en parte, las propensiones literarias, especialmente de crítica literaria de historiadores como José de la Riva-Agüero, Raúl Porras y Jorge Basadre, entre otros. Fue Riva-Agüero quien fundó la moderna crítica literaria con su obra *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) y la moderna historiografía peruana con *La historia en el Perú* (1910), que permitieron dar un salto a la modernidad en la crítica literaria y el conocimiento histórico. La historiografía peruana se divide en antes y después de Riva-Agüero. Fueron sus discípulos quienes desarrollaron una serie de líneas de investigación que él solo pudo esbozar o desbrozar.

En este sentido, la producción intelectual de Riva-Agüero resultó ser más sólida y perdurable que la de los hermanos García Calderón, pese a que en varias cartas Riva-Agüero le manifestó su preocupación y sana envidia por los «adelantos» que ellos —los García Calderón— estaban logrando (Nájar, 2011; Valenzuela, 2011). Muy diferente era la situación de Riva-Agüero, cuyos proyectos académicos se postergaban por razones y responsabilidades familiares, motivos de salud o contingencias políticas.

El Perú como reflexión y preocupación

El Perú como reflexión y preocupación aparece en tres ámbitos: el intelectual, la política exterior con énfasis en la diplomacia, y la política

interna o doméstica. Este último aspecto se realizó a través de su poca conocida y sorprendente participación —a pesar de la distancia— en intensas y fallidas intentonas golpistas contra el Gobierno de Leguía.

En el ámbito intelectual las reflexiones de García Calderón reflejaron prematuramente un desencanto y resignación que se agudizará con el paso del tiempo. En una carta sin fecha exacta escrita en 1909, Ventura señala que «a los veintitrés años no se tiene ilusiones» (Riva-Agüero, 1999, p. 785). En ese mismo año, en una carta probablemente de fecha anterior, le refiere su más firme deseo de tener un reencuentro para saber «si nuestras almas han envejecido»⁷. Una evidencia que corrobora lo anterior lo tenemos en 1914, año en que García Calderón publicó la antología poética *Parnaso peruano*. En esta obra aparecen los versos de un poeta de nombre Jaime Landa. Según Luis Alberto Sánchez, fue el seudónimo que utilizó García Calderón⁸. Sintomáticamente, el propio García Calderón consigna como nota informativa el hecho de que «Jaime Landa» murió a los 25 años. Era una despedida *avant la lettre*.

En una de sus primeras reflexiones sobre el Perú, García Calderón, en carta del 17 de marzo de 1910, acusa el impacto de la lectura de la primera obra de Riva-Agüero y señala lo siguiente: «leyendo y releiendo tu *Carácter de la literatura* me ha dejado pues de una psicología de pueblo peruano como la parte lo ha hecho, pero más completa, con grandes cuadros, sobre las necesidades y los problemas dolorosos de nuestro pobre Perú, con un poco de crueldad también» (Riva-Agüero, 1999, p. 790).

En la dedicatoria autografiada de su obra *Explication de Montherlant* (1937) realiza una antológica caracterización del Perú: «[El] Perú visto de afuera, un Perú reinante en el tiempo, por su historia estrambótica, un Perú de verdad y de fábula». Este comentario cáustico sobre el Perú lo podemos vincular con la interrogante que formula: «¿Qué es el Perú? Un laberinto y una síntesis, un ser *in fieri* como dirían los teólogos, un crisol de razas de oro, plata y cobre, donde nadie colige todavía el pergeño de la estatua final» (García Calderón, 1986, p. 573). Esta interrogante y pesquisa tan ardua y compleja de abordar de qué es el Perú y que ha generado tantos ensayos e interpretaciones en las ciencias sociales peruanas lo lleva a señalar que «esta investigación de peruanidad [es] más difícil de llevar a cabo que en otros pueblos de menor enredo histórico» (Denegri, 1994; García Calderón, 1986, p. 572).

7 Nótese la edad de ambos: García Calderón tiene 23 años y Riva-Agüero tiene 24 años. Carta de García Calderón a Riva-Agüero en Riva-Agüero, 1999, p. 788.

8 Landa fue el apellido materno de su padre Francisco García Calderón y Landa.

La distancia y la prolongada ausencia no afectaron en absoluto la preocupación de García Calderón por el Perú y su sentido de la peruanidad, a pesar de que sus detractores lo tildaban de *afrancesado*. En otra carta de 1909 dirá: «estos problemas peruanos que me preocupan más de lo que crees porque estoy convencido de que a mi edad es imposible *francianisarse* hasta arrancarme todo lo que de peruano tengo adentro»⁹.

Los hermanos Francisco y Ventura García Calderón fueron los intelectuales peruanos más *afrancesados* desde Pablo de Olavide. Pero, a su vez, fueron los primeros *peruanistas* del siglo XX. Según Luis Alberto Sánchez, Ventura fue «el más francés de los peruanos y también el más tercamente peruano de cuantos nacieron en París» (Sánchez, 1986). Ambas facetas —el *afrancesamiento* y la peruanidad— quedan corroboradas en Ventura García Calderón por el hecho de que la Academia Francesa propuso su incorporación como miembro, pero declinó para no cumplir con el requisito de la nacionalización.

Este desencanto intelectual y personal, que a la postre se convirtió en generacional, se volvió más intenso cuando se refiere al acontecer y proceso político nacional. Particularmente explícito fue su antileguismo, lo que lo llevó a renunciar por segunda vez al servicio diplomático durante el Oncenio¹⁰.

Con anterioridad, en una carta de 1912, señala lo siguiente: «por un telegrama recibido hace días, sabíamos que había un complot contra Leguía. Lástima que haya fracasado» (Riva-Agüero, 1999, p. 798; Portocarrero, 1995; Smith, 2004). Así, su antileguismo, de viejo cuño, no solo fue discursivo, sino también activo, aunque fallido. Pese a que fue uno de los menos políticos y de los menos activos de su generación, sorprendentemente revela haber tenido un activo rol conspirativo contra Leguía. En una carta señala lo siguiente:

durante los años ominosos del terror leguista, no me contenté como Zutano o Mengano, con mirar los toros de lejos. Agente revolucionario en Europa del general Benavides, preparamos algunos golpes de mano y el detalle de mis gestiones queda para ser explayado en mis memorias. Más tarde intentamos un movimiento revolucionario con el doctor Manuel Vicente Villarín y con un general peruano de cuyo nombre no quiero acordarme pues regresó éste al Perú, vendió su

9 García Calderón escribió la palabra *francianisarse* en cursiva. Modernamente diríamos *afrancesarse*.

10 La primera vez que los hermanos García Calderón renunciaron al servicio diplomático fue en 1911, durante la primera presidencia de Leguía, en protesta por la arbitraria detención de Riva-Agüero.

alma al diablo —o a Leguía— y delató nuestro plan (Ortega, 1987, pp. 18-19).

Su preocupación por el autoritarismo leguista de la década de los veinte se transformó en una preocupación por la posibilidad, en su entender, de la implantación de un gobierno dictatorial aprista en los años treinta. Esta preocupación era compartida por la mayoría de políticos de derecha, que temían un triunfo aprista sea por la vía electoral o por la vía insurreccional. Y aunque no alude a ella directamente, las cartas cursadas por Riva-Agüero reflejan esa preocupación. En una de ellas Riva-Agüero le refiere lo siguiente: «Si el poder no se define, y no se continúa una política de enérgica defensa social, caeremos en el aprismo, que hará de nosotros un Méjico en caricatura o una Nicaragua mayor» (Riva-Agüero, 1999, p. 808). En otra carta Riva-Agüero alude a «amenazas de mejicanización futura que el movimiento aprista y socialista encierra» (Riva-Agüero, 1999, p. 814).

Como diplomático García Calderón fue canciller en París (1906-1911) y canciller en Londres (1911). Al retornar a Lima ese año, renunció debido a los atropellos cometidos por el presidente Leguía contra la Universidad de San Marcos y por el arresto de Riva-Agüero. Permaneció alejado del servicio diplomático entre 1911 y 1914, año en que volvió al servicio diplomático como secretario de la legación del Perú en Madrid (1914-1916), así como secretario y encargado de negocios en Bélgica (1916-1921), cónsul en el Havre, y jefe de la Oficina de Propaganda del Perú en París en 1920. Continuó hasta 1921, cuando renunció por su oposición a Leguía. No obstante, a partir de 1915, cultivó una larga, estrecha y poco estudiada amistad con el coronel Óscar R. Benavides, quien después de dejar la Presidencia de la República (1915) residió en París (Riva-Agüero, 1999, p. 810).

Los años de 1920 y 1921 fueron claves para la clase política e intelectual peruana, especialmente la oligárquica de estirpe civilista, porque significó el exilio o autoexilio de importantes políticos de la vieja hornada, de la generación de relevo, de algunos destacados periodistas, y exilio o autoexilio de la generación radical salida de la universidad (Sánchez y Morán, 2022)¹¹.

11 A diferencia de los exilios decimonónicos, que solían ser breves debido a la poca duración de los gobiernos, el siglo XX tuvo, al menos, dos características distintivas a partir de Leguía: exilios prolongados por una mayor duración de los regímenes autocráticos y un amplio espectro político entre los exiliados. Para una comparación con la experiencia latinoamericana ver Roniger (2018).

Después de la caída de Leguía, García Calderón retornó al servicio diplomático como delegado ante la Sociedad de Naciones (1930-1938). En 1932, en su condición de ministro plenipotenciario, llevó a cabo una misión especial y secreta en Brasil (Riva-Agüero, 1996). Afirmó su amistad con Benavides durante su Gobierno (1933-1939), por lo que fue designado para cumplir funciones diplomáticas en diferentes países como Polonia (1935) y nuevamente Bélgica (1935-1939). Casi coronó su carrera diplomática con el ofrecimiento de ser ministro de Relaciones Exteriores, pero declinó esta designación a pesar del pedido expreso, con más tono amical que formal o político, realizado por el presidente Benavides. El texto del telegrama cursado por el presidente Benavides es revelador del grado de amistad subyacente entre ambos: «Deseoso hacer más eficientes aún sus sobresalientes servicios a la patria y contando con su amistad para que coopere con mi Gobierno, ofrézcole la cartera de Relaciones Exteriores, seguro de ser entendido por el patriota y por el amigo. Urge respuesta. Abrazos. Presidente General Benavides» (Ortega, 1987, p. 18).

Llama a extrañeza las casi nulas referencias de García Calderón en su correspondencia por el acontecer y el proceso político europeo, considerando que era diplomático. Y aunque en realidad era un literato-diplomático, ello no explica este silencio. La extrañeza se acrecienta por el hecho de que Riva-Agüero sí estuvo atento y muy interesado en los avatares de la política europea, especialmente de lo que acontecía en España, Italia y en menor medida de Alemania durante la década de 1930, cuando estos países estaban inmersos en un contexto político de fuerte polarización política entre los movimientos comunistas o socialistas y los movimientos fascistas. Esta actitud de García Calderón no hace sino corroborar el carácter fuertemente literario y crecientemente despolitizada de la relación, asumida como tal por ambas partes, probablemente para no poner en evidencia y por escrito las ya crecientes diferencias políticas surgidas a partir de los años treinta.

En los años cuarenta cumplió una serie de funciones diplomáticas nuevamente en Francia (1940), luego en Portugal (1941) y, posteriormente, en Suiza (1941-1945). A fines de 1949 fue designado delegado permanente en la novísima Unesco, con sede en París. Cumplió esta función hasta su fallecimiento en 1959.

Consideraciones finales

La correspondencia entre García Calderón y Riva-Agüero permite corroborar algunas características de este género documental como fuente para el estudio de la historia. La correspondencia particular o privada, de carácter personal o íntima, al no estar destinada a la publicidad

o imprenta, refleja un grado de franqueza que puede parecer inusitado o sorprendente para los lectores.

Las cartas privadas reflejan la subjetividad del individuo, confidencias, sentimientos, pasiones, apreciaciones sobre terceras personas y presentan juicios (de valor, morales, políticos, académicos, literarios, etc). Están impregnadas de una reflexión íntima o privada. Son reveladoras del grado de religiosidad, formalidad de la persona, actitud ante la vida, la sociedad, el país y el mundo. Presentan proyectos, esperanzas e ilusiones. Parafraseando a Albert Hirschman, reflejan las pasiones y los intereses. Revelan la sensibilidad del autor y sus principios y valores. En las cartas se opina, discute, delibera y resuelve sobre asuntos que, aunque pertenecen a la esfera pública, son debatidos en privado. Suelen revelar una privatización de los asuntos públicos, dependiendo del grado de importancia de los interlocutores. Reflejan probables cursos de acción que a veces se concretan o no. Discuten en privado sobre asuntos públicos que no necesariamente serán debatidos en público. Nos permiten conocer lo que la historiografía denomina la *pequeña historia*, es decir, odios, rencores, rivalidades, rencillas personales que normalmente en público son presentadas como discrepancias o diferencias académicas, políticas, etc. Se pueden encontrar pistas sobre aquello que pudo ser y no fue. También permiten deducir el contexto y la atmósfera política e intelectual de la época.

La lectura y el análisis de la correspondencia entre Ventura García Calderón y José de la Riva-Agüero son un ejemplo del potencial informativo que brinda este tipo de documentación y de la validez de los epistolarios. La publicación de la totalidad de la correspondencia de Riva-Agüero nos brinda luces insospechadas acerca de la trayectoria de este insigne intelectual y político entre 1905 y 1945, y de la atmósfera política y social de la época. Asimismo, proporciona algunos elementos clave para construir una biografía intelectual, así como las complejas relaciones entre introspección, memoria, autobiografía e historia personal, intelectual y generacional (Cerpa, 2012 y Cavalcanti, 2023).

Contribución de autoría

Los autores cumplieron con todas las funciones CRediT.

Fuente de financiamiento

Autofinanciado.

Potenciales conflictos de interés

Ninguno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adrianzén, A. (1994). Aproximaciones a la generación del 900. *Pretextos*, 6, 189-192.
- Águila, A. del. (1997). *Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Andújar, J. (1994). Francisco García Calderón y José de la Riva-Agüero. *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 21, 19-32.
- Basadre, J. (1981). *La vida y la historia*. Industria Gráfica.
- Belaunde, V. A. (1987). *Obras completas*. Comisión Nacional del Centenario.
- Cerpa, R. (2012). José Joaquín de Mora, una biografía intelectual. Los años ilustrados. *Desde el Sur*, 4(2), 27-64.
- Cavalcanti, E. (2023). Historia, memoria y enseñanza de la Historia: entre usos y abusos. *Desde el Sur*, 15(1), e0009.
- Denegri, F. (1994). Aporte de la generación del 900 a la identidad nacional. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 21, 219-220.
- Flores Galindo, A. (1996). Francisco García Calderón: un profesor de idealismo. En *Obras completas*. Sur.
- Franco, C. y Neira, H. (1986). *El problema de las elites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos, 1895-1930*. AIETI.
- García Belaunde, D. (1987). Nota preliminar. En V. A. Belaunde, *La vida universitaria*. Okura.
- García Calderón, F. (1949). *José de la Riva Agüero. Recuerdos*. Imprenta Santa María.
- García Calderón, V. (2011). *Narrativa completa*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- García Calderón, V. (1986). *Obras escogidas*. Edubanco.
- Gilbert, D. (1982). *La oligarquía peruana. Historia de tres familias*. Horizonte.
- Gómez, L. (1999). Ideología y política en José de la Riva Agüero y Osma: breves apuntes e hipótesis de estudio. *Histórica*, 23(1), 79-108.
- Gonzales, O. (1996). *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. PREAL.
- Guerra García, F. (1989). Los novecentistas. *Socialismo y Participación*, 47, 1-6.
- Loayza, L. (1990). *Sobre el 900*. Mosca Azul.
- López, S. (1987). La Generación de 1905. En A. Adrianzén (ed.), *Pensamiento político peruano*. DESCO.

- Mc Evoy, C. (2019). *En pos de la República*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Miller, R. (2011). *Empresas británicas, economía y política en el Perú, 1850-1934*. Banco Central de Reserva del Perú e Instituto de Estudios Peruanos.
- Morán, D., Yarango, J. y Carcelén, C. (2022). «El yankee es el señor, los proletarios, carne de cañón»: El discurso político obrero de *Labor* en tiempos del Oncenio de Leguía, 1928-1929. *Izquierdas*, (51), 1-15.
- Muñoz, F. (2001). *Diversiones públicas en Lima. 1890-1920. La experiencia de la modernidad*. Universidad del Pacífico.
- Najar, J. (2011). La narrativa francesa de Ventura García Calderón: tapices flamencos por el revés. En V. García Calderón, *Narrativa completa*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Nieto, A. (1978). *Historia del Colegio de la Inmaculada*. Turística Perú.
- Orrego, J. (2000). La República Oligárquica (1850-1950). En T. Hampe (ed.), *Historia del Perú*. Lexus.
- Ortega, J. (1987). *Ventura García Calderón*. Universitaria.
- Planas, P. (1999). La generación peruana del 900. La renovación generacional de la cultura y de la política y sus dificultades. *Contribuciones*, 63, 65-74.
- Planas, P. (1994). *El 900. Balance y Recuperación*. CITDEC.
- Portocarrero, F. (2014). *Grandes fortunas en el Perú: 1916-1950*. Universidad del Pacífico.
- Portocarrero, F. (1995). *El Imperio Prado, 1890-1970*. Universidad del Pacífico.
- Portocarrero, R. (1997). ¿Veto o fracaso? Apuntes sobre la intelectualidad peruana durante la República Aristocrática. *Allpanchis*, 50, 185-217
- Rénique J. (2016). *Imaginar la nación. Viajes en busca del «verdadero Perú» (1881-1932)*. (2.ª ed.). Instituto de Estudios Peruanos.
- Riva Agüero, J. (1999). *Epistolario: Fabián-Guzmán*. Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Riva Agüero, J. (1996). *Epistolario, Baca-Byrne*. En *Obras completas*. Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Riva Agüero, J. (1975) *Escritos políticos*. En *Obras completas*. Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Riva Agüero, J. (1960). Discurso en el cincuentenario del Colegio de La Recoleta. En *Afirmación del Perú*. Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Roniger, L. (2018). *Historia mínima de los derechos humanos en América Latina*. COLMEX.

Ruiz Zevallos, A. (S. f.). Las ideas fuerza de Francisco García Calderón. [Inédito].

Sánchez, L. (1985). *Conservador, no; reaccionario, sí. Notas sobre la vida, obra y proyecciones de don José de la Riva Agüero*. Mosca Azul.

Sánchez, L. (1986). Prólogo. En V. García Calderón, *Obras escogidas*. Edubanco.

Sánchez, D. y Morán, D. (2022). Los jóvenes estudiantes y la política: crisis universitaria en el Cusco, Perú (1924-1927). *Trashumante*, (20), 170-192.

Smith, P. (2004). Los ciclos de democracia electoral en América Latina, 1900-2000. *Política y Gobierno*, 9(2), 189-228.

Valenzuela, J. (2011). La experiencia narrativa de Ventura García Calderón: del decadentismo modernista a la cuentística del exotismo regionalista. En V. García Calderón, *Narrativa completa*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Villarías, J. (1998). El intelectual liberal vuelto fascista. El caso de José de la Riva Agüero y el fascismo peruano. En R. Huertas y C. Ortiz (eds.), *Ciencia y fascismo*. Doce Calles.

Witt, H. (1992). *Diario, 1824-1890. Un testimonio personal sobre el Perú del siglo XIX*. Banco Mercantil.

Yerovi, L. (2005). *Obra completa*. Fondo Editorial del Congreso de la República.

Javier Pérez Valdivia es historiador, magíster en Ciencia Política por la Pontificia Universidad Católica del Perú y licenciado por la Universidad de San Marcos. Es docente en la Universidad de San Marcos y en la Universidad Nacional Federico Villarreal.

Daniel Morán es docente investigador Renacyt Nivel II de la Universidad San Ignacio de Loyola. Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Autor de quince libros y cerca de cincuenta artículos indexados en Scopus, WOS y SciELO. Libros recientes: *Guerra y propaganda en tiempos de la independencia* (USS, 2025), *Nuestras libertadoras* (Sequilao, 2025) y *El tribunal más temible* (Sequilao, 2025).

Recepción: 19/5/2025

Aceptación: 4/9/2025